

LA ILUSTRACION,

PERIODICO

UNIVERSAL.



MADRID: MES 6 RS.—TRES 16.—SEIS 30.—AÑO 50.
Número suelto 4 rs.

NUM. 7.º—SÁBADO 15 DE FEBRERO DE 1851.
MADRID.

PROVINCIAS: MES 8 RS.—TRES 20.—SEIS 40.—AÑO 50.
Ultramar y extranjero: Año 50.

SUCESOS DE ACTUALIDAD.

SOLEME INAGURACION DEL FERRO-CARRIL DE MADRID A ARANJUEZ.

La apertura de un camino de hierro es considerada en todos los países como un acontecimiento importantísimo; pero cuando esta vía de comunicación es la primera que parte de la capital de una nación, y casi la única de que tienen que felicitarse el comercio y la industria de un reino, entonces el suceso toma proporciones colosales, porque además de desarrollar y satisfacer los intereses y las necesidades de las poblaciones ligadas por este medio, señala una nueva y gloriosa era de civilización para todo un país. Tales son las circunstancias que acompañan al ferro-carril abierto el domingo a la circulación.

El pueblo de Madrid ha dado toda la importancia que merecía a este fausto acontecimiento, celebrando la inauguración del camino de hierro de Aranjuez, no como una de esas fiestas oficiales, destinadas a celebrar sucesos mezquinos, por mas que se les revista de magníficas apariencias ó victorias sangrientas alcanzadas sobre propios ó extraños en ese horrible juego de azar que se llama guerra, sino como un espec-

táculo sublime y expansivo en que tomaban parte todos los corazones, presintiendo instintivamente que esta vez se trataba de un triunfo mas positivo, destinado a promover el bienestar de todas las clases; de una victoria que lejos de costar sangre ni de ser precursora de nuevos desastres para la humanidad, es el desarrollo evidente del elemento mas civilizador del siglo, al cual está reservado el estermio de las preocupaciones, la fraternidad de los pueblos que se acercan unos á otros ligándose por relaciones íntimas y continuas, y la decadencia de ese imperio absurdo de las armas, que debe ser la aurora de una paz universal.

Con la ventaja de un delicioso día de primavera, bajo la dulce influencia de un sol hermoso y de un purísimo y despejado cielo, se anunció la apertura de ferro-carril de Aranjuez. Desde muy temprano estaba invadida la parte exterior del embarcadero de Madrid por un gentío inmenso, que se agrupaba en todas las cercanías del trozo de camino que arranca de la puerta de Atocha, y en las alturas, que aunque á larga distancia, dominan la vía. El embarcadero se hallaba dispuesto en los términos que marcaba el programa de que fuimos los primeros á dar conocimiento á nuestros lectores. Cubrían las paredes del gran salon que da paso á los andenes del embarcadero, magníficos tapices, guirnaldas y colgaduras encarnadas; multitud de arañas y candelabros se hallaban dis-

puestos para la iluminación que se preparaba al regreso del viaje; en iguales términos estaba adornado el interior del embarcadero; en el extremo izquierdo de él se había colocado un altar para la bendición de las máquinas y del camino, y estas y los carruajes estaban preparados en la esplanada que hay frente al edificio.

A las once y media, las músicas de la guarnición y una batería colocada frente al hospital general anunciaron la llegada de SS. MM. y AA.; un cuarto de hora despues estaban dentro del embarcadero todas las locomotoras, vistosamente adornadas con coronas y flores; acto continuo el Señor cardenal arzobispo de Toledo bendijo las máquinas y el camino; concluido este acto ocupó S. M. el suntuosísimo carruaje que se ha destinado, y del que ha dado una vista LA ILUSTRACION del sábado; hállase dividido este coche en un saloncito, un gabinete con colgaduras de terciopelo del mismo color, ricamente bordadas; en los cuatro ángulos hay cuatro preciosos sillones, y en el medio un elegante diván circular, en cuyo centro se eleva un jarron de plata sobredorada, guarnecido de topacios y esmeraldas; el gabinete es de maderas finas: en el lado que da frente al saloncito aparece un diván de tfilete encarnado; las otras dos divisiones corresponden al lujo y buen gusto de las que hemos descrito. Nos hemos detenido



Un incendio en Barcelona. (Véase el número anterior).

hablando de este carruaje regio, porque le encontramos muy superior á los que hemos visto de la reina Victoria y de Luis Felipe.

A las doce menos un minuto salía del embarcadero el tren regio, compuesto la máquina *Isabel II.* un carruaje de tercera clase, el coche de S. M., otro magnífico que ocupaban las mesas del senado y del congreso, los ministros y las primeras autoridades civiles, militares y eclesiásticas, y de otros tres coches mas en que iba la servidumbre de las P. R., los accionistas del camino y muchas notabilidades políticas y literarias. Es imposible dar una idea del espectáculo que en este momento ofrecía el embarcadero: la agrupación de todas las locomotoras, encendidas y dispuestas á partir, la de los otros dos trenes que debían seguir al de S. M., la concurrencia escogida que se agolpaba en los andenes, y la multitud inmensa que cubría las alturas del Observatorio, del cerro de san Blas, del camino de Vallecas y todas las tierras cercanas al arroyo Abroñigal, formaban un vastísimo y animado panorama de que no ha habido ejemplo en Madrid: el estampido del cañon, los ecos de las músicas militares y los de los coros del teatro de Oriente que entonaban la marcha real, junto todo esto con las aclamaciones de millares de personas que pagaban un tributo de admiración al gran descubrimiento de Blasco de Garay, formaban un conjunto sublime, digno saludo á la primera máquina de vapor que tomaba posición de la capital de España.

La travesía de este tren, en que tuvimos el honor de viajar duró una hora y dos minutos; bien que deben descontarse de este tiempo los dos minutos empleados en una pequeña detención mas allá del puente largo. A la una y un minuto entraba el convoy en el palacio de S. M., pues el señor Salamanca ha querido proporcionar á la reina la ventaja de que pueda apearse desde su coche para poner el pié en la escalera, llevando el ferro-carril desde el embarcadero de Aranjuez hasta el patio mismo del palacio: llenaba también la plaza principal de este edificio una concurrencia numerosa, y se hallaban formados un piquete de ingenieros con música y bandera y el brillante regimiento de coraceros.

No sabemos la hora de salida de Madrid de los otros dos trenes, que llegaron sucesivamente, empleando en la travesía segun nos digieron hora y media. El señor Salamanca obsequió á los convidados con un abundante y bien servido buffet preparado en la sala de estacion de Aranjuez.

El día templado y hasta caluroso por la mañana, volvióse desapacible y frio por la tarde, lo cual unido á lo atrasado de la estacion, quitaba todo su atractivo á los jardines; las personas reales salieron sin embargo de palacio en carretelas tiradas por dos caballos, regresando para marchar á las 5 y 10 minutos. Ocurridos todos los trenes, el primero entró nuevamente en palacio, para que SS. MM. ocuparan su carruaje, y partió de Aranjuez á las 5 y 17 minutos, en medio de las vivas de la población y de las personas que formaban parte de los trenes segundo y tercero.

El señor don Pedro Miranda, que habia dirigido la locomotora á la ida, la dirigió igualmente en la vuelta, que se hizo con varias detenciones, por el deseo que S. M. manifestó al señor de Salamanca de ver pasar al segundo tren al lado del primero.

Todas las estaciones de la línea se hallaban adornadas con gusto y las poblaciones enteras de la inmediaciones de la línea aparecían á los lados del camino saludando con victorias la inauguración del ferro-carril. Séanos permitido llamar la atención sobre este hecho notable, que prueba que los españoles no estamos tan atrasados que no nos hallemos, como algunos suponen, en estado de recibir ciertos beneficios de la civilización: en otros países mas adelantados que el nuestro los caminos de hierro han excitado, por un cálculo mal entendido, la ojeriza de los habitantes llamados á gozar de las ventajas inmensas de esta parte de riqueza, al paso que pueblos que no son ciertamente los mas civilizados de España, han acogido desde luego con placer esta mejora que tanto debe cambiar sus hábitos y su importancia. En Valdémoro apareció al volver S. M. una música de paisanos aficionados, cuya habilidad no pudo apreciarse, por la misma razon que los cornetas de los destacamentos del tránsito no podían hacer que llegara á los oídos de los viajeros mas que la nota de la marcha real que sonaba al pasar los coches frente al que tocaba. En Pinto, donde se hizo una larga parada, las demostraciones de júbilo fueron también estremadas.

Desde este pueblo hasta Madrid, los centinelas que de corto en corto trecho cubrían el camino, tenían hachas encendidas cuyo resplandor prestaba al viaje algo de fantástico. En el embarcadero de Madrid infinitas luces daban á la llegada del convoy la claridad del día, y á pesar de lo avanzado de la hora (las ocho y cuarto) y lo frio de la noche, la concurrencia que daba animación á aquel espectáculo realzado por las bandas de música, era numerosa. Así terminó esta magnífica fiesta que debe formar época en la historia de Madrid, y que tan gratos é indelebiles recuerdos deja en todos los que la presenciaron, y especialmente en los que recibieron las impresiones del viaje. S. M. se mostró extraordinariamente complacida, afable y bondadosa; el señor Salamanca con ese celo y esa actividad infatigable que le distingue, se multiplicó para estar en todas partes y para adivinar los deseos de S. M.: los viajeros, para cuya mayor parte era nuevo este sistema de locomoción, dejaron adivinar que nuestros wagnones no prestarán el aspecto de una reunión de personas mudas como en Inglaterra, ó reservadas y egoistas como en Francia, sino el de una especie de tertulia donde todo el mundo habla cuanto le ocurre, y fuma cuanto puede para mejor seguir los consejos de la empresa consignados en un cartel.

Dos palabras mas y concluiremos, el camino se halla en el mejor estado, los puentes son sólidos y elegantes á la vez, y en los carruajes no ha presidido la economía mezquina que resalta en los del ferro-carril de Mataró, sino toda la comodidad, todo el confort inglés. Los trenes marchan sin esa desagradable oscilación de costado que molesta en algunas vías de Inglaterra; las máquinas son verdaderamente magníficas, solo quisieramos que á ser posible se desterrara la leña de Olivo que ayer se quemaba juntamente con el cook, haciendo que los desperdicios de la locomotora que en otras partes son cenizas apagadas, aparecieran como una nevada de áscuas. Debemos consignar una idea que turbó ayer nuestro contento; el público de Madrid cometió infinitas imprudencias que ir-

remisiblemente han de ser causa de prontas desgracias; las gentes se agolpaban sobre la vía, y hasta las señoras paseaban tranquilamente por cima del mismo ferro-carril que debían atravesar los trenes acto continuo; los viajeros abrían las portezuelas y montaban ó descendían sin estar parado el convoy, las locomotoras se hallaban asediadas por la gente. A continuar estas imprudencias, pronto, muy pronto hemos de tener que llorar desgracias. Bueno sería que los costados del camino estuviesen protegidos por una valla que, al menos al principio, parece conveniente para evitar que atraviesen la línea personas ó animales; estos pagaron ayer el tributo de espanto que en todos los países ha recibido al monstruo que vomita fuego; los caballos tiraban á los ginetes y huían á todo escape, las mulas centenarias salían de su paso arrastrando en posta las carretas por medio de las heredades, los rebaños de ovejas se dispersaban, y las toradas se alejaban de las inmediaciones del camino, sin perder de vista la marcha del tren, en el que reconocían por primera vez un poder superior á sus fuerzas.

No concluiremos sin felicitar al señor Salamanca, que á los seis años ha visto terminada una obra que sin su auxilio difícilmente estaria hoy concluida, y á los ingenieros que han llevado á cabo las obras y han montado el servicio del camino con toda la seguridad, con toda la perfección que se admira en los últimos caminos de hierro abiertos á la circulación en países acostumbrados hace muchos años á este sistema de locomoción: ya que la velocidad con que escribimos estas cuartillas no nos permite entrar en detalles, nuestros lectores deben ojear el MANUAL DEL FERRO-CARRIL DE MADRID Á ARANJUEZ (1) que publicamos ayer, para apreciar debidamente el valor de esta empresa, y la deuda de gratitud que el país ha contraído hácia las personas que la han dado cima felizmente.

REVISTA DE MADRID.

Estamos á dos pasos del Carnaval, y nada anuncia todavía la proximidad del alegre reinado de la locura: cierto es que en la *Juanita*, la *Ondina*, la *Silfide*, la *Florecente*, y en veinte sociedades mas, de esas que tanto contribuyen al mejoramiento de las costumbres, se baila y se trisca todas las noches; pero los círculos de buen tono dan escasísimas muestras de animación y de movimiento.

Contadas son hasta ahora las fiestas que se han celebrado durante el actual invierno, y á no ser por las del Real Palacio, el número de ellas no se elevaría gran cosa sobre el nivel de cero.—La señora Condesa del Montijo, tan constante otros años en sus recepciones, no ha tenido este sino dos ó tres; la mala salud de su hija menor, actualmente en Romanillos, explica naturalmente esto; los Condes de Casa-Bayona y de Campo-Alegre vistieron luto por parientes bastantes cercanos; el Marqués de Miraflores solo habla de obsequiar á los senadores con un pacífico *raout* allá para carnestolendas; y en fin, Mr. Daniel Weisweiler únicamente deja como entrever la esperanza de que pueda ablandarse su rigor hácia la misma época.—Nuestros lectores comprenderán, pues, la tristeza, la desolación de las inquietas *willis* madrileñas, que morirían contentas con tal de morir bailando; y *willis* son todas las mugeres,—con escepciones que trueban la regla,—desde la edad de quince años á la de treinta inclusive.

Realmente puede decirse que mañana se inaugura la temporada de Carnaval para lo que se llama el *gran mundo*: mañana da S. M. la reina su segundo baile de trages, y mañana también se verifica el primero de máscaras en el palacio de Villa-hermosa, en ese recinto favorito de la elegancia cortesana, y que tantas cómicas intrigas podría contar, si las paredes tuviesen esa facultad, cual diz que tienen la de oír.

Pero como ningún goce sea completo en la tierra, las papeletas de convite para el sarao del régio alcézar tienen en la mayor perplejidad á muchos de los convidados: la causa es muy sencilla: una nota manuscrita en el lado izquierdo de las invitaciones dice con toda la claridad apetecible: «*Los jóvenes de trage.*»—Y de aquí los apuros, las dudas, y los conflictos.

Dama hay de sesenta eneros que se dispone á teñir sus escasos y centientos cabellos, y á presentarse convertida en madama de Pompadour; otras que preguntan á todo el mundo si una muger es vieja ó joven á los cuarenta años; y alguna—nada mas que alguna—que abdicará voluntariamente la reputación de juventud por conservar los atavíos del siglo presente.—Entre los hombres reina la propia confusión: los *pollos* no tienen que vacilar, pero los que han franqueado esa triste barrera de los seis lustros, se preguntan á sí mismos con amargura:

—Y yo, ¿qué soy? ¿Joven ó viejo? ¿Debo vestir el estirado frac negro, ó los arreos de siglos mas remotos? ¿Debo colocarme entre la generacion presente, ó sacar á relucir mi fé de bautismo no disfranzándome?

La clasificación de las edades, como la de las categorías, es una de las mas difíciles y dolorosas para la humanidad: nadie renuncia sin un suspiro al derecho de llamarse joven; pocos abdicar voluntariamente ese nombre. Así, pocos serán los que se presentan mañana sin traje en los salones de palacio; y bastantes preferirán no ir, á optar entre alguno de los dos extremos.—La idea, pues, de poner la apostilla manuscrita es tan eficaz como ingeniosa, para lograr que la gran mayoría de los concurrentes luzca ricos y caprichosos disfraces.

Después de una larga paz, dos poderosas potencias van á volver á hacerse cruda guerra en este Carnaval de 1831: la una es Oriente, sin estar precisamente en Turquía; la otra es Villa-hermosa, ó lo que es igual, el Liceo.—No se necesita ser muy viejo para recordar las eternas disputas entre los partidarios de ambos bailes, allá por 1838 y 1839: unos ponderaban lo espacioso del primer local; otros lo *confortable* del segundo; muchos aseguraban que en Oriente se cogían pulmonías; no pocos que en Villa-hermosa se cogían cólicos:

(1) Se vende á 4 rs. en nuestras oficinas y en todas las estaciones de la línea.

sin embargo, forzoso es confesar que el pueblo soberano daba su sufragio ó su dinero á lo que ahora es teatro Real; y que la buena sociedad prefería los abrigados salones de la plaza del Congreso. Ignoramos lo que sucederá ahora, porque conocemos lo que pueden la novedad y la moda; pero no estamos muy distantes de creer que al fin y al cabo la gente *comm' il faut* vuelva al antiguo campo de sus placeres y de sus intrigas. Además, este año es el último en que se abre al público el palacio de Villa-hermosa: el arriendo actual concluye en abril próximo, y no será renovado. Así ¿quién no querrá ir á despedirse de un recinto que guarda tantos recuerdos dulces, tantas gratas memorias?

El acontecimiento de la semana ha sido la inauguración y apertura del ferro-carril de Aranjuez: no se hablado de otra cosa ocho dias antes y ocho dias despues de verificadas, y mucho se hablará aun de sus viajes, de su celeridad y de su lentitud. Semejantes palabras braman de verse juntas; aunque nada es mas cierto que esta vez se han encontrado sin destruirse. El lunes último se invirtieron tres horas en venir desde Aranjuez á Madrid, por el medio mas eficaz de locomoción que se conoce en nuestro siglo. Es pues posible una *celeridad mas lenta*?

Las escenas, los lances cómicos á que dió lugar aquel accidente, fueron innumerables: algunos artistas de los coliseos, que debían trabajar por la noche, se marcharon al Real Sitio por la mañana, muy confiados en que, merced al poder del vapor, se hallarian de regreso por la tarde: pero el hombre propone... y las máquinas disponen: á la hora de comenzar el espectáculo encontráronse en el Teatro Español con que les faltaban la mitad de sus músicos, y hubo que improvisar una nueva orquesta;—en el Instituto el conflicto fue mayor: Dardalla era de los expedicionarios, y Dardalla debía desempeñar tres papeles en tres diferentes piezas. La hora trascurre, el público se impacientaba, y los actores no sabían á qué santo encomendarse, porque no hay ningún santo abogado de los ferro-carriles: por último, Pardo se ofreció á ejecutar una comedia: anuncióse á los espectadores una súbita indisposición de Dardalla, ingiriéronse algunos intermedios, y así se salió del paso.

Es ya muy tarde para decir nada sobre la gran fiesta de la inauguración, de la cual han dado infinitos detalles todos los periódicos, y tan notables y curiosos *La España*; pero lo que sí haremos es referir la historia, en verdad maravillosa, de uno de los accionistas de la empresa del camino de hierro, que se contaba el domingo en los wagnones, señalando con el dedo al protagonista de ella.—Trátase sencillamente de un compatriota nuestro que posee una fortuna colosal, adquirida de la manera mas novelesca: y personas dignas de toda consideración nos responden de la exactitud del relato que vamos á hacer.

El individuo en cuestion fue en su origen un pobre capitán de la marina mercante, intrépido, valiente, generoso como él solo: un día que surcaba las agitadas aguas del mar Indico, tuvo la fortuna de acoger en su bergantín á tres naufragos, que despues de largas y penosas horas de agonía, eran juguete de los elementos en una miserable lancha. Aquellos infelices pertenecían á cierta familia inglesa que se habia hecho poderosa con el comercio en la India, y que flutando una fragata, volvía á la madre patria llevando consigo todas sus inmensas riquezas: pero sorprendiéndoles al principio de su viaje una furiosa borrasca, encallando el buque, siendo forzoso abandonarle con su precioso cargamento, é intentando salvarse la tripulación en frágiles y pequeños barquichuelos. El que acogió nuestro valeroso y humano capitán contenía al opulento comerciante, su muger moribunda, y uno de sus hijos. La desventurada madre no pudo resistir al dolor de verse separada de los cuatro restantes, y murió al ser trasbordada desde la lancha al bergantín; su hijo, de cortos años, no tardó en seguirla al sepulcro, y el triste padre, asistido noche y dia por el benéfico marino, no tardó tampoco en mirar acercarse su última hora. Entonces, queriendo recompensar al que le habia prodigado tantos consuelos y tantos cuidados, le entregó lo único que llevaba consigo: los papeles pertenecientes á su fragata, las cuentas relativas al cargamento; dándole las noticias apetecibles acerca del punto donde habian naufragado.

—Si Dios me conserva la vida, añadió el comerciante, partiremos como buenos hermanos; si muero, todo aquello es para V.

Al día siguiente espiró el inglés; y nuestro compatriota, segun puede inferirse, se dedicó á buscar la fragata, que ya era suya, con arreglo á la última voluntad del difunto. Durante dos semanas todas las investigaciones fueron inútiles: parecia que el mar se habia tragado aquella magnífica presa; mas al fin, una tarde que el sol se ponía, sereno y esplendente, sus postreros rayos fueron á reflejarse sobre un punto que relucía como un brillante.

—Mi capitán, dijo un marinero, aquella es la cubierta de un buque, encallado junto á ese islote.

—Adelante, hijos míos; gritó el marino con voz que temblaba de júbilo; adelante, adelante.

Una hora despues se hallaban en el islote y en la fragata del desventurado inglés, cargada de barras de plata.

—No hemos perdido el viaje, dijo con fingida indiferencia el capitán, dirigiéndose á los marineros: esto es plomo: transportémoslo á nuestro bergantín.

Luego, cuando arribaron á una de las islas Filipinas, nuestro compatriota se encontró uno de los hombres mas ricos del mundo, casi casi un segundo Monte-Cristo: pero al revés de lo que sucede comunmente, él ha hecho de su fortuna el uso mas noble y mas digno, socorriendo á sus parientes y amigos, empleando grandes sumas en obras de utilidad general, y remitiendo frecuentemente cantidades á los asilos de beneficencia. Por último, habiendo venido á Madrid poco há, ha tomado acciones del ferro-carril de Aranjuez por valor de cien mil duros, no con la mira de especular, sino con el deseo de fomentar toda mejora y todo progreso en el país donde ha nacido.

—Que feliz haría á mi hija un hombre así! exclamó cierta señora de edad, que habia escuchado en profundo silencio y con viva curiosidad esta historia, cuando la refería en uno de los wagnones, al regreso de Aranjuez, un diplomático muy conocido.

RAMON DE NAVARRETE.

REVISTA DE TEATROS.

Coronas y aplausos y flores para unos; temores y remordimientos para otros. Este es el resumen teatral de la última semana. Matilde Diez y Julian Romea han vuelto a aparecer en la escena, ofreciendo los productos de su primera salida a las casas de beneficencia. El público acudió presuroso a saludar a sus actores favoritos: también asistieron personas reales; y el teatro del Circo presentaba un cuadro lleno de animación y de vida. Los bravos y los aplausos se repetían; y una lluvia de flores cayó a los pies de los célebres artistas al terminar la comedia de don Pedro Calderón de la Barca *Casa con dos puertas mala es de guardar*. En la pieza de Scribe *La pena del Talion* se repitió el entusiasmo del público, aplaudiendo con frenesí a la encantadora Matilde. También acudieron a pagar un tributo de admiración algunos de los que separados accidentalmente de la inimitable pareja, sienten ya esta separación porque están convencidos, mas que nunca, de que no es posible crear un teatro modelo sin figurar en él los dos eminentes actores.

Y no podía menos de suceder así; los que han elogiado siempre su indisputable mérito, los que han compartido con ellos sus triunfos, los que tantas veces los han abrazado después de la primera representación de sus obras, debían ser los primeros que participaran del entusiasmo general, de un entusiasmo, difícil de abogar, que lleva consigo el olvido de todas las disensiones y enemistades, y si algo queda después de tan gratos instantes, será indudablemente el sentimiento de no haber evitado a tiempo tan inesperada separación. No tratamos de dirigir cargos inútiles a los que ven con pena desmoronarse un edificio, levantado después de tantos trabajos; no es nuestro ánimo tampoco burlarnos de la agonía del moribundo: asistiremos al duelo con el debido recogimiento; lamentándonos únicamente de que muera sin que nadie derrame una lágrima sobre su tumba.

Varias son las causas que en nuestro juicio han contribuido a que el *Teatro Español* no pueda sostenerse. En primer lugar los ajustes hechos no podían llenar en todas sus partes las esperanzas del público: el carácter de exclusivismo que se dio a la formación de la junta contribuyó también a enajenarse las simpatías de los que habían adquirido el derecho de figurar en ella, si se atiende estrictamente a la posición literaria que tenían muchos de los elegidos; se quiso parodiarse a la academia de la lengua señalando cierto número de sillones que fueran ocupándose en caso de vacante; y finalmente se unió la institución del *Teatro Español* a la existencia de un ministro, el cual, si bien manifestó siempre los mejores deseos en favor de un teatro modelo, no procuró darle una existencia independiente. Un ministro que contaba con el voto de las cámaras, debía haber acometido con mas resolución la reforma teatral, pidiendo a las cortes una subvención para el primer teatro de verso. Concedida esta, podían entonces dejarse al gobierno las bases sobre que debía establecerse el teatro modelo. Estas bases podrían estar espuestas a cualquiera reforma, pero existiendo una subvención votada en cortes, el teatro *Español* se sostendría siempre. Sujetar esta institución a un impuesto no autorizado, crear un teatro sobre las ruinas de los demás, sobre no ser justo, debía prometer pocas esperanzas de vida, y así es que al primer vaiven político le hemos visto estremecerse hasta sus cimientos.

Desearnos que haya un teatro de verso, subvencionado, con todas las seguridades y con todas las condiciones de vida indispensables; pero también queremos libertad absoluta para los demás. ¿Qué ha ganado el *Teatro Español* con la clasificación de géneros, con la elección de repertorio y con todas las demás trabas que se imponen a los otros teatros? ¿Ha vivido por esto mas floreciente? ¿No hemos visto a su celoso director consagrado siempre con el mayor interés a las obligaciones de su cargo? ¿No le hemos visto sosteniendo a punta de lanza el real decreto vijente, arrojando los disgustos y sinsabores que lleva consigo tan enojoso empleo? ¿Y qué ha conseguido? Nada: verá morir al enfermo en sus brazos después de una agonía demasiado lenta.

En una de nuestras próximas revistas tendremos ocasión de hablar mas extensamente de la conveniencia de que exista un teatro de verso subvencionado, y de las principales bases sobre las cuales puede establecerse. Pasemos a decir algo de las obras dramáticas últimamente ejecutadas.

En el Teatro Español se ha puesto en escena una comedia titulada *Flor de un día*. El plan está regularmente combinado, y el diálogo lleno de sentimiento y de pasión: tiene trozos de versificación muy buenos; otros muy incorrectos: en lo general son demasiado líricos: en cambio tiene rasgos delicados y muy bellos. El autor, D. Francisco Camprodon, fué llamado a la escena. La ejecución muy esmerada.

Dos comedias nuevas se han representado en el teatro del Instituto. La *Gitanilla de Madrid*, original del señor Estrella, tiene un plan muy sencillo y algunos caracteres muy buenos.

Un caballero de la corte de Felipe III que abandona la casa paterna por seguir a una gitanilla que cantaba por las calles de Madrid, y loco de amor la sigue hasta su mismo aduar, pone a sus pies su capa, su sombrero y hasta su espada y jurará seguir la vida errante de los gitanos por no separarse de su amada. Este solo juramento basta para que le den la mano de *Preciosilla*, que es el nombre de la gitana y para que vaya a gozar por los riesgos de las delicias del amor. En el momento en que queda armado caballero gitano, el patriarca le presenta unas tijeras descomunales con las cuales se ganará su vida esquilando burros y una llave ganza para esquilarse al prójimo. Tan enamorado está D. Juan que ni el esquilado ni las antipáticas tijeras destruyen sus ilusiones amorosas. Solo rechaza la llave ganza y se niega a hurtar, lo cual no satisface mucho a sus nuevos compañeros. El padre de D. Juan ha seguido a su enamorado hijo, pero ya él sabia que *Preciosilla* habia nacido en muy buenos pañales, y con esto se concluye la comedia y queda sancionada la boda con alegría de todos los presentes. La comedia está muy bien escrita. La señora Samaniego representó su papel con mucha gracia: el Sr. Arjona es poco galán para ciertos galanes. La segunda producción se titula *papeles cantan*, original de don José Olona. Es una de esas comedias que se caen de puro ton-

tas, que nada dicen, que no tienen chiste, y que lejos de entretener, concluyen por fastidiar al público.

El protagonista lo desempeñaba Dardalla, y ya pueden figurarse nuestros lectores que esta circunstancia añadiría un nuevo encanto a la comedia. Dardalla representaba el papel de un joven andaluz almivarado, que habla de afeites, violetas, rosas, claveles y otras flores odoríferas, y luego de *fregado* y de otras cosas por el estilo.

También se ha representado una parodia de *El Tesorero del Rey*, titulada *El tío Lebré*: tiene algunos chistes, y están bien parodiadas las principales escenas del drama.

Se ha presentado en el teatro del Circo la señora Villó en la zarzuela *Las señas del Archiduque*. En el canto nos ha gustado; en la parte de verso no nos ha satisfecho.

En Variedades han continuado las representaciones de la comedia *Casa con dos puertas* con el teatro siempre lleno. Matilde y Romea han vuelto a presentarse anoche e la comedia de Breton *El cuarto de hora*, habiéndose vendido con algunos días de anticipación todas las localidades.

F. M.

Fragmento de la Historia del arte y de los preceptos literarios.

10. En primer lugar, Homero sitúa al vigilante sobre una altura desde donde avisa que llega el rey; y Esquilo finge que desde Troya hasta Argos se sabe la noticia por medio de hogueras colocadas de eminencia en eminencia, el día mismo en que amanece Troya vencida. La primera relación es verosímil; la segunda geográficamente imposible. Y no es fácil acertar cómo Esquilo substituyó tal versión a la de Homero cuando ella le obliga a poner entre escena y escena nada menos que el tiempo necesario para que Agamenon volviese de Troya. De aquí puede sacarse cuán indiferente o de poco momento habria de parecerle a Esquilo la llamada unidad de tiempo, puesto que la sacrificaba sin motivo alguno aparente ni plausible razón. Fuerza es también confesar que en la Odisea están mejor entendidos los caracteres dramáticos del adúltero y de la adúltera que en la tragedia. Egisto es, según Homero, quien prepara toda la trama y la lleva a cabo; Clitemnestra solo viene detrás y como conducida fatalmente por su pasión loca, en lugar de que Esquilo presenta a Clitemnestra como autora. En la Odisea, lejos de herir al esposo y de bañarse con brutal regocijo en su sangre, Clitemnestra huye de él cuando espirante ya la amenaza con la espada y no osa mas acercarse a él aun después de muerto. Mas conforme es esto sin duda con la naturaleza y menos repugnante en el teatro. Esquilo finge también que el asesinato se cometió en el baño, y Homero supone que hubo un festín donde fueron los mantes lagunas de sangre, cayendo Agamenon y sus capitanes o compañeros que volvían de Troya, no a los golpes de Clitemnestra, sino a los de Egisto, que regia una turba mercenaria de malvados, dispuesta para el caso. También encontramos en esto mas natural y mas bello el relato de Homero.

11. Pero la acción que nace de esta fábula no está terminada con la muerte de Agamenon; queda aun su hijo Orestes criándose fuera de Argos, y quedan las predicciones de Casandra. Ella habia dicho. «El remedio de estos males tardará mucho todavía. Pero al fin vendrá nuestro vengador; vástago fatal a su madre, él cobrará la sangre del padre; aunque hoy esté desterrado y vague errante por tierras extrañas, ya volverá a cometer el último de los crímenes de su familia; el recuerdo de su padre aquí caído en la propia sangre lo traerá. Vendrá día en que mi muerte sea vengada con la muerte de otra muger, y pague con su vida otro hombre la vida que ahora roban al desventurado esposo.»—Aquí está el germen de otra tragedia; Esquilo la escribió con el nombre de los *Choeporos* o mugeres que traen libaciones; nombre que parece impropio porque solo puede acomodarse a una de las primeras escenas de la obra, sin importancia por cierto, ni cosa que la distinga de otras. Comienza la tragedia en el punto mismo en que Orestes, acompañado de Pylades, su amigo, llega a la puerta del palacio de sus padres en Argos, delante del cual se mira el sepulcro de Agamenon. Orestes invoca a Mercurio para que le proteja en sus empresas, y deposita un rizo de sus cabellos como ofrenda filial sobre el sepulcro. En esto vienen a derramar allí libaciones algunas mugeres, entre las cuales reconoce Orestes a su hermana Electra; sueños horribles llenaban el palacio de Argos; los intérpretes declararon que eran manes irritadas y por eso traían aquellas libaciones las mugeres para aplacar los del desventurado Agamenon. Electra dice: «Fieles esclavas y sirvientes de este palacio, ya que conmigo venis a orar, ayudadme también con buen consejo. ¿Qué palabras pensáis que diga al derramar las fúnebres libaciones que al muerto se suenan dulcemente? ¿qué votos haré a mi padre que le sean gratos? Porque no he de decirle que estas son ofrendas de la esposa amada al amado esposo, ofrendas de mi madre; no tengo valor para tanto; y héme aquí sin saber qué palabras he de pronunciar al tiempo de derramar la fúnebre ofrenda. ¿Acaso he de decir esta oración: «padre mio, como es costumbre acá en la tierra, dales su paga a los que te envidian estas ofrendas, y sea paga proporcionada al mal que te han hecho, opuesto que mi padre ha muerto a manos criminales he de tornar sin votos ni ofrendas hechas, arrojando al suelo el vaso como en los sacrificios espítorios sin volver atrás la vista? Ay, amigas mias, dadme consejos.» El coro le responde: «Nombra en los votos a los que amaron al muerto; nóbrate a tí propia primero, y después contigo a cuantos aborrezcan a Egisto; ni olvides a Orestes porque esté ausente.» Electra hace al fin las libaciones diciendo: «permítame, padre mio, que Orestes vuelva triunfante, y a mí dame un corazón mas casto que el de mi madre y manos mas puras que las suyas. Haz por justa venganza que paguen con la vida tu vida los malvados que te la quitaron.» En esto ve Electra el rizo de su hermano puesto sobre el sepulcro, y al punto lo recoge porque era igual a los suyos; sospecha que sea de Orestes y entrega el corazón a dudas y esperanzas. Llega entonces aquel, que habia mirado al lejos lo que pasaba, y se dá a conocer a su hermano y al coro. «El soberano Apolo, dice, me manda arrostrar estos riesgos; aun pienso que oigo su espantable voz. Si no persiguiera a los

asesinos de mi padre, si como ellos le hirieron a él no los hiriese yo a ellos, recobrando mi hacienda, horribles combates de dolor vendrían sobre mí.» El coro responde: «¡Permita Júpiter que venzan las equitativas leyes; que la afrenta sea con afrenta lavada; tal grito acaba de sonar, y es que la justicia reclama contra sus deudores: que pide que sea vengado un crimen con otro crimen; mal por mal, dice la antigua ley.» Electra refiere a Orestes la muerte del padre, y concluye diciendo: «Oh, madre odiosa, muger impia, tú has enterrado a mi padre como a enemigo: ni ciudadanos asistieron al funeral del rey, ni la esposa lloró por el esposo.» Orestes responde: «¡Qué horror, justos cielos! ¡Cuán feroz conducta! Pero gracias al cielo, y gracias también a mi brazo, ella pagará su crimen, mátele yo, y morirá contento.» No satisfecha todavía Electra, le anima aun con tales palabras: «Yo he vivido hasta aquí retraída de las gentes; sin honras, sino mas bien colmada de desprecio; echada del hogar como si fuera un perro rabioso; agena a todos los placeres, ni he tenido otro compañero que el llanto, ni mas gozaba que con esconder lágrimas y suspiros. Escribe estas palabras en tu alma; que ellas penetren por tus oídos hasta lo íntimo, hasta el recinto de tu pensamiento. Lo que ellos han hecho, ya lo sabes; lo que a tí te toque hacer, no se lo preguntes sino a tu cólera.» En seguida convienen los hermanos en las astucias que habian de emplear para lograr sus fines, y el coro termina la escena refiriendo diversos crímenes, de los que mas horror han traído a la tierra, y el destino inevitable que lleva el castigo al malvado. Orestes, acompañado de su amigo Pylades, llama a las puertas del palacio pidiendo hospitalidad; abre un portero y Orestes le anuncia que trae nuevas para la reina. Por un momento la escena permanece muda, aunque quedan en ella Orestes, Pylades y el coro; a poco salen Clitemnestra y Electra, que en nuestro concepto hubo de retirarse hacia al fin de la escena anterior, si bien no lo indica el texto. Orestes engaña a la reina diciéndole: «Yo soy de Daulia, ciudad de la Fócida; caminaba hacia esta ciudad de Argos, adonde felizmente soy llegado, trayendo a vuestras mi equipaje, cuando se me acerca un hombre, a quien ni yo conocia ni él a mí, el cual, tras de haberse enterado de la dirección que yo traía, y de enseñarme el camino, me dijo: Estrangero, puesto que vas a Argos por asuntos propios ¿no querrias encargarte de dar ciertas nuevas a la familia de Orestes? Diles sin falta que ha muerto; cuidado con que se te olvide el mensaje. Mas pregúntales al propio tiempo si son de parecer de que se les envíen las cenizas del finado, ó si mas bien opinan porque le dejemos sepultado donde está eternamente: tráeme la respuesta a tu vuelta.» Estas son las propias palabras de aquel hombre, que se llamaba, según me dijo, Strophio el Focense. ¿Por ventura hablo con persona allegada a Orestes? Yo no lo sé en verdad; mas bueno seria avisar de esta nueva al padre del difunto. Electra al oír esta relación prorrumpe en falso llanto y en gemidos al parecer dolorosos; Clitemnestra nada dice, pero manda que festejen al mensajero. Quedan en la escena el portero, Gilisa, ama de Orestes y el coro. El portero pregunta a Gilisa por qué sale del palacio triste y presurosa; esta le responde que vá a buscar a Egisto por encargo de Clitemnestra; entonces el coro de habitantes de Argos interviene en el diálogo y pregunta a Gilisa si ha de venir Egisto solo ó con guardias, y al saber que ha de venir con ellas, aconseja a la mensajera que no le diga sino que venga solo, porque en ello vá la fortuna de todos. El coro ruega además a los dioses porque Orestes y Electra salgan con sus intentos. Llega Egisto sin guardias y habla un momento con el coro sobre la nueva de la muerte de Orestes: entra en el palacio y al punto se oyen sus gritos de agonía; muere a los golpes de Orestes. El portero del palacio sale gritando socorro. Clitemnestra lo oye y le pregunta temerosa la causa: «es que los muertos están matando a los vivos» dice el portero. La reina comprende al punto el enigma; y Orestes y Pylades salen al propio tiempo espada en mano. Hé aquí la escena.

ORESTES. A tí te buscaba ahora, porque aquel tiene ya cobrado el salario de su culpa.

CLITEMNESTRA. ¡Ay, ay de mí! ¡cómo ha muerto el amado Egisto!

ORESTES. Puesto que amabas a tal hombre, vete con él a la tumba; séle fiel después de muerto.

CLITEMNESTRA. Hijo mio, detente; mira, tú debes respetar el seno donde tantas veces has dormido, de donde han mamado tus lábios la leche que te dió vida.

ORESTES. Pylades amigo, ¿qué hago? ¿piensas que deba perdonar a mi madre?

PYLADES. ¿Y los oráculos de Apolo, Orestes? ¿Y aquellos oráculos que has oído en Delfos? ¿Y la fé del juramento que tienes prestado? Ten por enemigos a todos los hombres, antes que a uno solo de los dioses.

ORESTES. Razon te sobra, Pylades, tus consejos son prudentes. Oye, muger, sígueme, si quieres morir al lado de tu amante. Véte con él ahora que está muerto, así como vivo le preferiste a mi padre.

CLITEMNESTRA. ¿No te alimenté yo en la infancia? déjame tú ahora envejecer.

ORESTES. Y ¿cómo habias de vivir a mi lado tras de haber asesinado a mi padre?

CLITEMNESTRA. Hijo mio, el destino trajo este crimen.

ORESTES. Pues sea el destino quien te dé la muerte.

CLITEMNESTRA. ¿No temes, Orestes, la maldición de tu madre?

ORESTES. ¿Eslo por ventura quien me deja abandonado en la desgracia?

CLITEMNESTRA. ¿No te puse en manos de fieles amigos?

ORESTES. Dos veces me has vendido con ser yo hijo de hombre libre.

CLITEMNESTRA. ¿Cómo? ¿Cuál es la paga que he recibido?

ORESTES. Por vergüenza no la nombro.

CLITEMNESTRA. Dila; pero recuerda también las culpas de tu padre.

ORESTES. Locura es que acuse la muger que queda ociosa en el hogar a quien sufre fatigas en la guerra.

CLITEMNESTRA. Pero ¿no es triste cosa para una muger el vivir lejos de su esposo?

ORESTES. Los trabajos del tal esposo alimentan a la muger ociosa en el hogar.

(Se continuará.)—ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

OBRAS PUBLICAS.

La cárcel de villa.

Fieles narradores de todas las mejoras introducidas en el servicio público, y constituidos por la índole especial de nuestra publicación en veraces, aunque modestos ecos de la marcha progresiva de nuestra civilización y nuestra cultura, no podemos menos de consagrar hoy una página á uno de los últimos adelantos en un objeto que, si bien por su terrible especialidad hace apartar la vista al comun de las gentes en quienes domina el amor á lo frívolo ó aparatoso, es sin embargo uno de los mas altamente importantes y dignos de la consideracion del hombre filósofo y amante de la humanidad. Hablamos de la reforma de las cárceles, de estos albergues del presunto criminal, que tan poco conformes con su verdadero objeto se hallan por lo general en nuestro pais, y de que hasta aquí han ofrecido tan tristes ejemplos las dos que contaba nuestra capital; y al tratar hoy de la importantísima reforma y refundición de ambas verificada en la de Villa, se nos permitirá hacer una ligera reseña de su estado anterior y de los medios con que ha llegado á ser hoy un establecimiento digno de la capital del reino.

Muy lacónicos habremos de ser en la breve exposicion del cuadro que presentaban hasta hace pocos años las dos cárceles de Madrid, apellidadas de Corte y de Villa. La primera, en el centro de la poblacion y entre mezquinas callejuelas, lóbrega, estrecha, insalubre y ruinoso además, era un verdadero centro de muerte y de corrupcion, y su interior contrastaba con el mentido epigrafe que sobre la portada principal de la Audiencia (de cuyo edificio formaba parte) consignó Felipe IV, de haber hecho construir aquella casa para seguridad y comodidad de los presos. La segunda, ó de Villa, que antes estuvo en un lóbrego departamento de la casa consistorial, trasladada despues al edificio propio de la Villa, cerca de la puerta de Santa Bárbara, construido á fines del siglo anterior, con destino á Saladero de cerdos; era absolutamente lo que indica su título, ni mas ni menos; y la multitud de infelices aglomerados en aquellas sucias mazmorras, podian considerarse relegados á la clase del mas inmundo animal.

En vano la humanidad alzaba un grito constante contra ambos establecimientos: en vano los gobiernos habian dado repetidas órdenes y disposiciones para mejorarlos; en vano los magistrados, que veian por sus ojos tal deformidad, y que en las ocasiones de visitas generales se hacian preceder de perfumes

antipútridos para resistir aquella atmósfera mortífera, habian adoptado algunos expedientes para mejorar la condicion de los pobres presos; en vano, en fin, una sociedad de personas influyentes y agitadas por los mas nobles sentimientos de humanidad y de patriotismo, habia emprendido en 1840 con ánimo decidido la cura radical de aquel arraigado vicio. Todo habia sido inútil: todo habia resistido con pertinacia ante la enormidad del sacrificio necesario y la escasez de medios para realizarla.

Algo, sin embargo, consiguió la ya citada Sociedad de

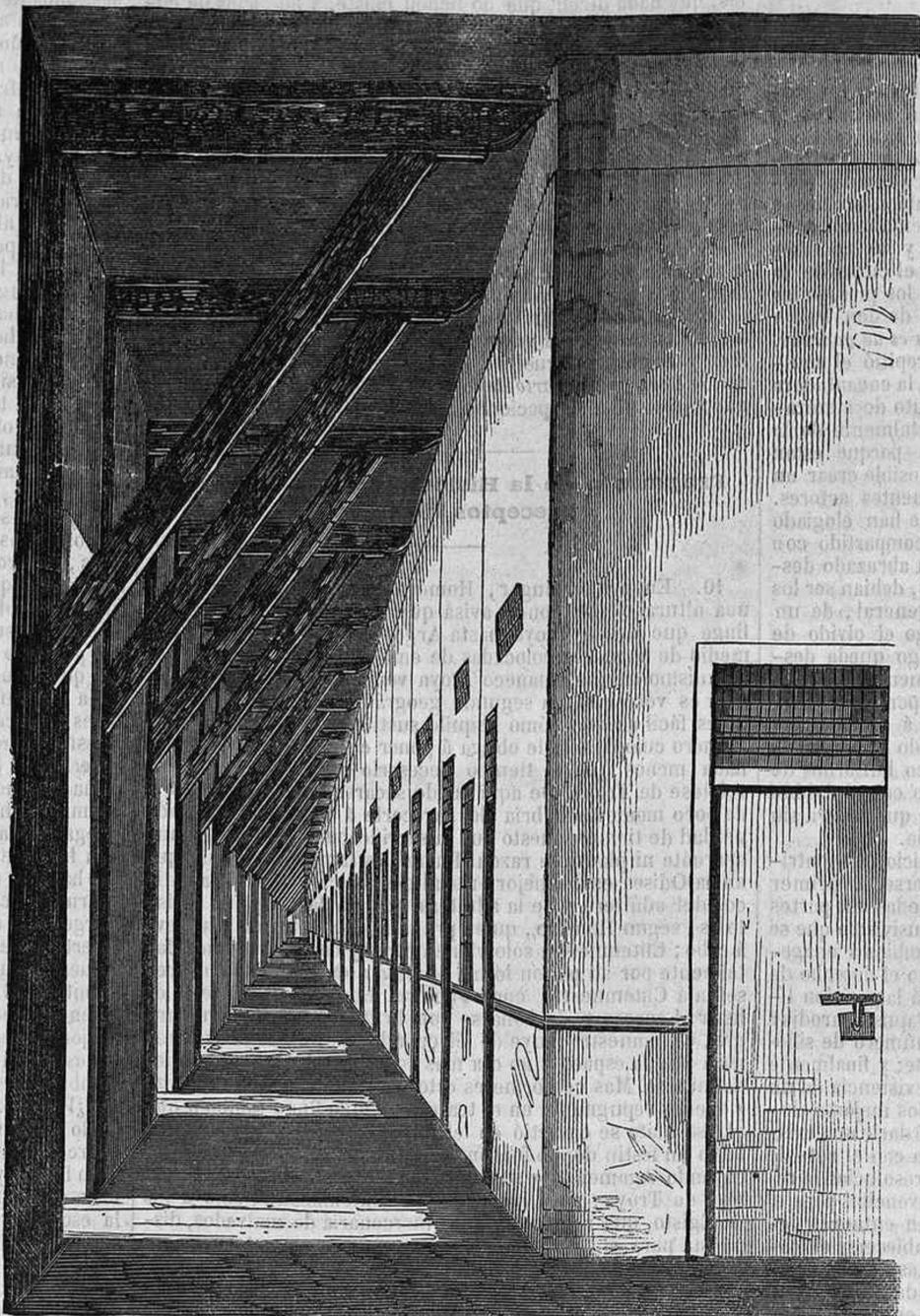
con medios para reconstruirlos de nuevo. Dos importantísimas mejoras ideó, sin embargo, y llevó á cabo, que fueron las bases sobre que despues se han podido desarrollar otras muchas. Fué la primera, la redencion que solicitó la sociedad y obtuvo del gobierno, de las alcaldas de ambas cárceles, que enagenadas en otro tiempo por la corona, eran propiedad de particulares que las arrendaban á manos subalternas, dando lugar á exacciones horrosas que llegaban hasta el caso de hacer pagar á los infelices presos derechos ó estafas tan exorbitantes por algunas localidades (harto mi-

tado miserable de aquel establecimiento, impulsó al conde á una visita escrupulosa de ambas cárceles, visita que produjo en el ánimo de este tan dolorosa impresion, que apenas acertaba á espresarla al Ayuntamiento; y como le propusiese Aldecoa, una reforma completa y radical de la cárcel de Villa, y como para obviar á los cuantiosos sacrificios necesarios indicara tambien la idea de solicitar del gobierno la autorizacion para vender la de Corte, ruinoso y denunciado, fueron acogidos ambos pensamientos con la mayor eficacia por el ayuntamiento, acudiendo inmediatamente á S. M. en deman-

en un oficio útil, cuyo departamento quedó solemnemente instalado con 46 jóvenes el día 16 de febrero de 1840, y con tan buen éxito, que en fines del mismo año pudieron ya celebrarse lucidos exámenes, y presentar en ellos alumnos adelantados en doctrina cristiana, primeras letras, oficios de zapatería, sillería, etc. Algunas otras mejoras materiales pudo, con la cooperacion del ayuntamiento, dejar establecidas aquella benemérita sociedad; pero habiendo quedado disuelta de hecho por las turbulencias políticas en 1843, quedó solo de ella una comision de visita y otra de galera, que por último se vieron reducidas por único representante de ambas al celoso y filantrópico magistrado don Pascual Fernandez Baeza, de cuyos fructíferos trabajos nos ocuparemos en un artículo especial que dedicaremos á la casa-Galera.

Las cárceles seguian, pues, administradas por el gefe político y corregidor, y dos regidores comisarios del ayuntamiento, y seguia su deplorable estado material, sin que bastasen siquiera á contenerle los continuos sacrificios de la corporacion municipal, y el celo de sus dignos individuos, por carecer de medios para emprender la reforma radical que reclamaban ambos edificios. Añadiase á su mal estado normal, la circunstancia de amenazar inminente ruina el de Corte, denunciado ya por el arquitecto de la villa Sr. Pescador, el cual habia calculado en 25 á 30,000 duros la suma necesaria para su reparacion insuficiente y parcial; y la de Villa reclamaba tambien en algunos puntos importantes construcciones, al mismo tiempo que por la nueva ley de cárceles se dispenia que el ayuntamiento tuviese una municipal, y el gobie no habia de construir otra de Corte ó general, de nueva planta y con arreglo á los conocimientos modernos. Pero como este pensamiento, por muy bueno y plausible que sea, probablemente no tendrá efecto en muchos años, y supuesta la urgencia de la demolicion de la de Corte, propiedad tambien de Madrid, pareció lo natural aprovechar las ventajosas circunstancias de situacion, capacidad y demás que contaba la de Villa, para ampliarla y reformarla en los términos convenientes, á fin de reunir ambas en una sola, cómoda y bien dispuesta, hasta que levantada la central ó del gobierno, pueda establecerse la separacion que marca la ley.

Por fortuna en principios de 1848 en que ocurrieron todas estas circunstancias, se hallaba al frente de la administracion de esta capital como gefe político y alcalde corregidor el celoso y activo conde de Vista-hermosa, y la corporacion municipal acababa de nombrar comisario de la cárcel de Villa al regidor D. Ramon Aldecoa. Hecho este cargo de su comision, y vivamente afectado del es-



Crujía de aposentos de incomunicados.



Galería general del piso bajo.



Taller del departamento de jóvenes.

mejora para el sistema carcelario, instalada con general aplauso el 2 de enero de 1840, y que puso á su frente á personajes tan dignos como los señores marques de Pontejos, Olózaga, Manso, Cortina, Tarancon, Puche, Drument, Baeza, Egaña, Aribau, Cobo de la Torre, Asuero, La Sagra, Madoz, Pastor, y Acebal Arratia; muchos abusos y socialinas lograron estirpar: muchas reformas reglamentarias establecieron; muchos inconvenientes materiales pudieron neutralizar; pero desgraciadamente la causa principal de estos eran los mismos edificios, y aquella patriótica asociacion no contaba

serables por cierto) hasta de cincuenta doblones y mas. Revindicada por el gobierno aquella propiedad, pudo en adelante nombrar los alcaldes y dependientes, retribuirlos directamente y señalar una módica cuota en los diversos departamentos de pago de 2, 5 y 7 reales diarios segun su calidad.

Tambien emprendió con éxito aquella sociedad otra importante mejora, y fué la separacion de los presos jóvenes y por delitos leves, de los adultos, estableciendo en la cárcel de Villa un departamento correccional, por separado, donde aquellos fuesen instruidos, moralizados, y tuviesen ocupacion

da de aquella autorizacion. La obtuvo por fin, por Real órden de mayo de 1849, que mandaba proceder luego, y mientras se verificaba la venta de la llamada de Corte, á la reforma completa del edificio de la de Villa, adelantando el Ayuntamiento los fondos, en calidad de reintegro, con el producto de aquella venta.

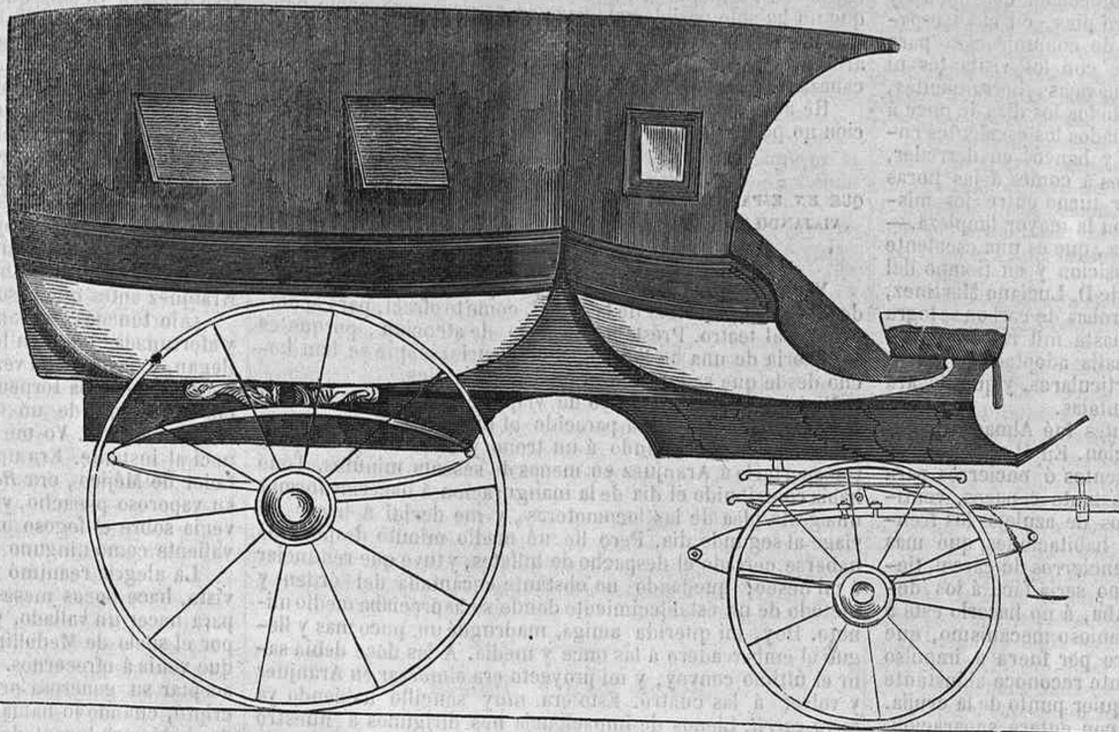
El celo del gefe político corregidor y del regidor comisario no habian estado ociosos mientras seguia sus trámites aquel delicado expediente y bajaba aquella Real órden; otras parciales y muy acertadas de reparacion se hicieron en todo el

año 48 en el edificio del Saladero; formóse y puso en práctica un meditado reglamento en que están deslindadas las atribuciones de los dependientes, el régimen y economía interior de los presos; se desocupó é incorporó á lo principal del edificio el inmenso departamento que antes estaba destinado á hospital militar, y á la sazón se hallaba ocupado con el Almacén general de la villa; separóse, en fin, y se aisló de la cárcel el otro estenso local que desde la calle de la Florida se extiende en direccion de los Pozos de la nieve, y que está destinado al ramo de limpiezas. Y hecho todo esto, se levantaron los planos de la obra general por el arquitecto de la villa, D. Isidoro Llanos, y se formó el presupuesto de su coste, tomado á punto, para poder emprenderla no bien recibida la autorización del gobierno.

Quedan á la consideracion del lector los tropiezos y dificultades inmensas que hubieron de vencerse para que se llegase á resolver de plano aquel complicado y difícil expediente, pero en fin, convencido el gobierno plenamente de la consecuencia del pensamiento, apoyado este por las observaciones y repetidas instancias de las autoridades municipales, consultas del Consejo Real, y demas oficinas, espidió y comunicó al Ayuntamiento en mayo

de 1849 la real orden por la cual quedaba autorizado para la obra de la cárcel de Villa, y para vender en pública subasta la de Corte con el objeto de atender con su producto á los gastos inmensos de aquella, que adelantaria entretanto.

No fué menester mas para dar inmediatamente principio á la obra; y el distinguido celo del regidor comisario don Ramon Aldecoa, fuertemente apoyado con la autoridad y diligencia del gefe político señor Zaragoza, del alcalde cor-



Modelo del carruaje adoptado para conducir los presos al Tribunal.

sado, bajo el impulso de las mismas personas y el del señor don Anastasio Marquez, concejal que sucedió al señor Aldecoa en la comisaria de la cárcel cuando en 1.º de enero dejó de pertenecer este á la corporacion municipal; y por grato resultado han tenido la altísima satisfaccion (en que debe acompañarles el gobierno y la poblacion de Madrid) de ver completamente terminada obra tan importante, que se dió concluida el dia 9 de noviembre último, habiendo sido tras-

des patios independientes entre sí, los cuales patios se hallan enlosados ó asfaltados, con agua, luces, y ventilacion. En los departamentos ó galerías, perfectamente entarimadas, se alzan á ambos lados los tablados ó camastros numerados y con una percha bajo cada número para colgar en ella el preso su ropa y cama; bien alumbradas de noche y provistas cada galería de fuente, lugar comun y demas necesario. Hay ademas otro patio completamente separado para que á él pue-

á visitarlo y apreciarlo por sí mismo, seria inútil y hasta enojoso el que le condujeramos aquí á una detallada descripcion. Baste decir para nuestro propósito, que de la planta general de aquella casa (construida por cierto con una gran inteligencia por el célebre arquitecto don Ventura Rodriguez) solo se ha aprovechado y dejado existentes las bóvedas y muros principales, que por su fortaleza y solidez eran muy á propósito para su nuevo destino; haciéndose en el interior los cortes, rompimientos y construcciones necesarias para el desahogo y comodidad, ventilacion, luces, y separaciones convenientes, y resultando un todo que si no puede citarse hoy como una cárcel modelo, como lo seria á haber sido construida de planta para este objeto, por lo menos puede colocarse entre las mejores de las que existen en España, y aun nosotros, que hemos tenido ocasion de visitar los establecimientos penales de Francia, Bélgica é Inglaterra, no temeremos asegurar que puede alternar con ellos, en los puntos principales de seguridad, salubridad, y buen orden.

En el piso bajo se han concluido ocho magníficos y espaciosos departamentos generales, capaces de contener cómodamente hasta cerca de 800 presos, y á ellos están contiguos y destinados tres gran-



Diálogos de billar.

—Desde que supe que Luis era diputado, creí que se prestaría á las exigencias del gobierno.

—Prestarse Luis... mal le conoces; que se vendiera no tendría nada de extraño, pero prestarse... jamás!

regidor marqués de santa Cruz, y del Ayuntamiento, y secundado admirablemente por la actividad y entusiasmo de los dependientes del establecimiento, en especial de los señores don Manuel Rodriguez, mayordomo de cárceles y don Calisto Zofio, alcalde de esta, así como por el celoso arquitecto de Villa, don Isidoro Llanos, consiguieron variar completamente en pocos meses el aspecto interior de aquel inmenso edificio, en términos de ser completamente nuevo para los que poco antes le habian visto.—Este mismo celo é inteligente direccion ha continuado durante todo el año pa-

ladados á ella en los últimos dias del mes de diciembre los presos que existian en la de Corte, que fué vendida cabalmente aquellos dias para proceder á su demolicion.

Aquí convendría hacer una relacion detallada de las dichas obras de renovacion practicadas en aquel inmenso recinto, y en que se han invertido por la corporacion municipal 1.004.696 rs. 15 mrs. segun cuentas que tenemos á la vista; pero para la mayoría del público que no conocia el estado anterior del edificio, imponderable escándalo de nuestra cultura y humanidad, y que puede hoy si gusta acercarse

dan bajar á ciertas horas las mugeres (que estan en el departamento alto) y en él tienen un gran lavadero para sus ropas. La capilla situada en una de las galerías, un estenso laboratorio para trabajar esteras, en el que pueden hacerlo cómodamente 200 hombres: el salon de trabajo de los jóvenes penitenciados en otra, y el departamento correccional de estos al extremo del edificio, reparten su inmensa planta baja.

En el piso principal, ademas de haberse dado ventilacion, blanqueado y compuesto las galerías ó departamentos generales, dispuesto depósitos de aguas y comunes, se han cons-

truido dos magníficas piezas de comunicacion con dobles y grandes verjas á la distancia de cuatro pies, en cuyo espacio se coloca el vigilante á las horas de comunicacion para evitar que los presos puedan rozarse con los visitantes ni recibir objetos inconvenientes como navajas, herramientas, bebidas, etc. Las horas de visita son todos los dias de once á dos. En este mismo piso se hallan situados los excelentes comedores con mesas forradas de zink y bancos en derredor, á donde por tandas acuden los presos á comer á las horas señaladas, sirviéndose la comida por turno entre los mismos y con enseres de hojadelata y con la mayor limpieza.—Inmediata á aquellos se halla la cocina, que es una excelente pieza, en la cual se colocó por disposicion y en tiempo del señor Aldecoa, el aparato económico de D. Luciano Martinez, mediante el cual y con unas cuatro arrobas de carbon se logra cocer con toda limpieza y desahogo hasta mil raciones diarias; aparato excelente que ya se halla adoptado en otros establecimientos públicos y casas particulares, y que llegará á generalizarse por sus conocidas ventajas.

El espacioso departamento que antes fué Almacén general, ha sufrido una completa renovacion. En él se han construido dos magníficas crujías de aposentos ó encierros para incomunicados con 42 habitaciones bastante capaces, ventiladas y seguras, entarimadas, vestidos de azulejos los frentes, y con su lugar escusado. Estas habitaciones, que mas parecen aposentos de un Hotel que encierros de cárcel, tiene cada uno su campanilla; y como no sería fácil á los dependientes conocer cuál preso llamaba, á no hacerlo este á voces, dispuso el Sr. Aldecoa un ingenioso mecanismo, que consiste en una trampilla que se abre por fuera á impulso del llamador, con lo cual el dependiente reconoce al instante el cuarto de donde llaman desde cualquier punto de la crujía.

Detrás de este departamento, y con entera separacion, hay dos estensas salas destinadas para enfermerías, muy bien dispuestas y entarimadas, con azulejos en sus paredes hasta cierta altura, y bien ventiladas y claras: en ellas hay doce camas de hierro con colchon, jergon, sábanas, mantas, colchas y almohadas, todo con el mayor aseo. Dichas salas estan destinadas, una á los incomunicados, y otra á los que tienen comunicacion.

Por último, hay tambien en el piso principal veintitres habitaciones de segunda clase para los presos que no quieren estar en los departamentos generales, y abonar tres reales diarios por ocuparlas: en ellas tienen comunicacion y desahogo durante todo el dia en dos espaciosas galerías contiguas, y una comodidad, alegría de luces y limpieza, que aleja toda idea de prision.

En el piso segundo está el departamento de mugeres, que aunque antes existia, era en los mismos términos de repugnante abandono. Se ha ensanchado, ventilado y limpiado en los términos mas completos, y colocado contrarejas, de forma particular en las ventanas que dan á la calle, para evitar que las presas puedan somerse y entablar diálogos con los transeúntes: se han dispuesto sus salas de comunicacion como en los pisos bajos, y dotado de depósitos de agua, comunes, lavadero y demas á todo el departamento. Tambien hay cinco habitaciones separadas para las que quieren estarlo, abonando por ellas 2 rs. diarios, y en el mismo departamento alto (aunque con absoluta separacion) hay otras diez y ocho de primera clase para los que abonen 5 rs. teniendo comunicacion y desahogo en dos galerías contiguas.

Todos los departamentos, así bajos como altos, estan entarimados, blanqueados, y pintadas sus puertas y ventanas, y en todos se observa el mayor aseo y desahogo, facilitados por la buena ventilacion y luces del edificio y orden económico de las dependencias, y en este punto, repetimos, poco ó nada tiene que envidiar hoy la cárcel de Madrid á lo que se observa en las mejor montadas del extranjero.

Por último se han destinado dos salas separadas para que los señores jueces y escribanos tomen las declaraciones, y otra suntuosa y elegante para las visitas ordinarias y extraordinarias que hace la Excelentísima Audiencia.

Tal es el estado material á que por fortuna ha llegado la cárcel de Madrid. En cuanto á su administracion y direccion pueden por fortuna aplicarse iguales elogios. Sancionada por S. M. la ley de 26 de julio de 1843 en que se previene la creacion en las capitales donde residen las audiencias, de una junta auxiliadora de la autoridad política para el régimen interior de los establecimientos penales, se verificó la de Madrid compuesta de los señores gefe político, presidente; don Pascual Fernandez Baeza, magistrado de la audiencia, vice presidente; y los señores D. Blas Diaz Mendibil, consejero provincial; D. Francisco Carbajal; D. Ildefonso Diez de Ribera, diputado; el marqués de Sta. Cruz, alcalde corregidor; D. Joaquín Larios, médico; D. Luis Maria Pastor, diputado; D. Juan Drumont, médico; D. Anibal Alvarez, arquitecto; D. Narciso Carriguirri, diputado; D. Ramon Aldecoa, D. Anastasio Marquez, y D. Francisco Mercedes Canencia, regidores; la cual se reúne cada quince dias, y á su celo é inteligencia son debidos notorios y diarios adelantos, tanto en el régimen interior del establecimiento, cuanto en su administracion económica, haciendo constantes y notables ahorros sin perjudicar al buen trato de los presos en los contratos de suministros, gasto de dependientes, y adquisicion de efectos indispensables; y si por fruto de sus desvelos logra, como desea establecer, el trabajo y la instruccion en los presos, creemos llegará á poderse presentar la cárcel de esta villa como un ejemplo práctico de que no son tan desatendidos en este siglo, como declaman apasionados discursistas, los intereses de la humanidad y los dogmas de la moral cristiana.

R. DE M. R.

Al dar cabida en nuestras columnas á la carta que va al pie de estas líneas, creemos oportuno advertir, que, segun tenemos entendido, la empresa del ferro-carril ha puesto ya remedio á los retrasos que se esperimentaron en las primeras expediciones. Todos los ingenieros y empleados belgas han sido despedidos, quedando solo los ingleses; las máquinas que originaron los retrasos y accidentes ocurridos el miércoles, están compuestas y se han encargado á Inglaterra mas locomotoras para aumentar el número de expediciones hasta el punto de cubrir las necesidades del camino, teniendo en cuenta el número excesivo de viajeros que estos dias se han agolpado en el embarcadero de Madrid. Aprovechamos

la ocasion de hablar del ferro-carril de Aranjuez, para decir, que no ha sido posible estampar en este número como pensábamos la lámina de inauguracion que debia acompañar al artículo que escribimos para LAS NOVEDADES y que va á la cabeza de LA ILUSTRACION.

Hé aqui la carta que nos referimos arriba, y cuya insercion no podrán menos de agradecer nuestros lectores.

QUE EN ESPAÑA SE ADELANTA LO MISMO VIAJANDO EN VAPOR QUE VIAJANDO EN CAMELLOS.

A la señorita doña Angela Grassi.

Voy á explicarte, amiga mia, por qué no he podido volver de Aranjuez á las siete de la noche, como te ofrecí, para acompañarte al teatro. Préstame un poco de atencion, porque es la historia de una de los viajes mas curiosos que se han hecho desde que se inventaron los ferro-carriles.

Vivimos deseos tenia yo de viajar en ese elemento que tan magnífico me habia parecido el dia de la inauguracion cuando pasó arrebatado á un trono y á un congreso para transportarlo á Aranjuez en menos de sesenta minutos. Todo habia contribuido el dia de la inauguracion á hacerme formar una grata idea de las locomotoras, y me decidí á hacer mi viaje al segundo dia. Pero llegué medio minuto despues de haberse cerrado el despacho de billetes, y tuve que renunciar á mi deseo, quedando no obstante encantada del orden y método de un establecimiento donde se apreciaba medio minuto. Hoy, mi querida amiga, madrugué un poco mas y llegué al embarcadero á las once y media. A las doce debia salir el último convoy, y mi proyecto era almorzar en Aranjuez y volver á las cuatro. Esto era muy sencillo habiendo ya ferro-carril. Llenos de impaciencia nos dirigimos á nuestro coche, que debia estar á la cola del convoy, por ser de primera clase; pero no le hallamos. Allí estaban los de tercera. maravillados de esta singularidad empezamos á discurrir qué motivo habia para semejante colocacion; pero un compañero de viaje nos sacó de la duda, diciendo:

—Los de primera deben estar delante.

—Por qué, amigo?

—Porque en los toros sucede lo mismo. Los asientos de preferencia estan delante.

—¡Ah! ya, V. considera esto como una funcion de toros, y cree que se debe estar cerca de la máquina para ver mejor lo que pasa, si por un azar revienta. Es decir, que aqui se paga mas, mientras mas cerca se está del peligro, y que los ingleses son unos estúpidos porque ponen á los pobres delante. V. juzga que los ricos son los que deben ir delante, para que se los lleven los demonios. No deja eso de tener filosofía...

Entramos en el coche vecino á la máquina, y aguardamos con ansiedad á que sonase el silbato que á las doce en punto debia dar la señal de partir; pero no sonó. Pasaron quince minutos y continuó el silencio. El público que iba en el tren empezó á sacar la cabeza por las portezuelas. Una santa mujer, que no tenia idea alguna de lo que iba á pasar, creia de buena fé, que ya íbamos andando, y manifestaba su admiracion de que no se percibiese el movimiento.

—No te decia yo, le explicaba á su hija, como es lo mismo que nos contaba el señor francés, estarán VV. andando y no lo creerán.

—Y no lo creo, contestó la niña.

Efectivamente, no era extraño que la niña no lo creyera, porque el público tampoco lo creia. El convoy permanecia en su sitio; el silbato no resonaba ni aun despues que pasaron otros quince minutos, y la gente se decidió á echar pié á tierra para ir á averiguar la causa de aquella detencion. Las noticias fueron vagas. Unos decian que el rey se habia llevado la máquina Isabel II que debia conducir al público, y que el público no podia marchar. Otros decian que la máquina se habia descompuesto. ¿Quién iba á saber la verdad? El resultado fué que dió la una, y que continuábamos anclados. Entonces el público dió señaladas muestras de desagrado: un médico decia:

—Yo he dejado sin pulsar una porcion de enfermos y voy á dar una vuelta mientras esto se arregla,

—Lo que siento, añadía un pintor, es que desde que estamos aqui podia haber hecho un retrato.

Un cómico sacó un papel y empezó á estudiarlo. Otros se durmieron; otros se marcharon gritando que les devolvieran los billetes.... Pero al fin resonó en el aire un grande alarido. El demonio de la máquina, que no solo no era Isabel II, sino que era anónima, agarró al convoy y se llevó al público arastrando.

Entonces empezó á realizarse la ilusion que yo me habia formado acerca del vapor. Corriamos con tanta rapidez, que parecia la tierra una esfera que giraba sobre sus ejes para presentarnos toda su faz bajo un mismo punto de vista, como si dominando nosotros al mundo, los hombres y los animales, y las plantas que aparecian á un lado y otro del camino fuesen figuras de movimiento colocadas allí para divertirnos. Nada mas gracioso que el rostro de los campesinos al pasar nosotros. Las mulas del arado salian espantadas y ellos aun mas espantados que las mulas no se cuidaban de detenerlas sino de contemplar el espantoso monstruo que atravesaba los campos lanzando temerosos gritos, vomitando lamas y arastrando su inmensa cola.... Pero esta maravilla cesó bien pronto porque á las dos leguas el locomotor anónimo se detuvo. El olor del gas nos ahogaba y no podíamos sacar la cabeza por las portezuelas para averiguar la causa de este contratiempo: pero los que bajaron á adquirir noticias las daban muy curiosas. Este decia que el locomotor se habia sentido atacado del vómito negro y que estaba arrojando cuanto tenia en sus entrañas. Aquel aseguraba que los toros de Jarama creyendo que el vapor iba á embestirlos habian dado una cornada á la caldera y que habia reventado. Otro daba por cierto que el que parecia diablo era diablo que llevaba en su seno al infierno y que habia abortado. Fuese lo que quisiera todos estaban acordes en que el convoy no podia marchar. En vista de esto nos decidimos á bajar al campo. El público hasta aqui habia estado risueño; pero al hallarse en medio del campo estéril de Castilla, entre los surcos del arado, en un dia desahogado, viendo arder debajo de la máquina en medio del camino una inmensa hoguera, los mas animosos se sintieron sobrecojidos.

Nuestro amigo Pastor Diaz y algunos otros resolvieron irse á pié á Getafe que distaba media legua. Dos jóvenes muy decididos emprendieron tambien á pié el camino de la corte. El vizconde de Armeria y sus amigos establecieron un paseo de expectativa alrededor del tren. Los revoltosos juraban que aquello no era lo pactado y opinaban que se debian traer los bueves que estaban por allí arando para agarrarlos al convoy. No faltó quien presentara el proyecto de poner á contribucion las fuerzas del público tirando alternativamente medio público del otro medio. Los hubo aun con ideas mas hostiles.... Yo me senté con las señoras sobre la mullida tierra de la zanja hasta ver en qué terminaba aquella escena, no sin echar una mirada de envidia á la labradora que cruzaba sobre su borrico y que seguramente llegaria á Aranjuez antes que nosotros.

¡Afortunadas, exclamaba yo, las que viajan en borricos, y afortunadas tambien las que viajan en camellos! Esas al fin llegan, y nosotros tal vez no llegaremos nunca!...

Me engañaba torpemente. A los pocos minutos se anunció la llegada de un locomotor que venia de Madrid en nuestro auxilio. Yo me subí en un alto para verlo, y lo reconocí al instante. Era un héroe de mi tierra; era el conquistador de Méjico, era Hernan Cortés, que tremolando en alto su vaporoso penacho, y haciendo brillar su fuerte armadura, venia sobre el fogoso bruto, cuyo resoplido se dejaba ya oír valiente como ninguno al socorro de los españoles.

La alegría reanimó todos los rostros, pero yo que habia visto, hace pocos meses, derribar la casa de Hernan Cortés para hacer un vallado, yo que habia visto su escudo rodando por el suelo de Medellín, me sentia avergonzada del socorro que venia á ofrecernos. ¿Qué derecho teniamos nosotros para aceptar su generosa proteccion, cuando lo habiamos proscrito, cuando lo habiamos olvidado, cuando ni una sola piedra habiamos levantado á su memoria? Pero el público no se quiso picar del pondonor. El público tenia frio y hambre, y lo mismo le daba que fuese un héroe el que llegaba á favorecerle, como que fuese un quidam: el asunto era abrigarse y comer.

Hernan Cortés venia á ponerse á la cabeza del convoy; pero los ingenieros le colocaron detrás para que empujara el locomotor difunto.

Al principio bastaba el esfuerzo de Hernan Cortés para arastrar al público español y al cadáver extranjero; pero herida ya desde luego su delicadeza porque no iba delante, comenzó á dar tales muestras de desagrado, que en la primera estacion fué preciso darle el mando absoluto.

Entonces partimos con la celeridad del relámpago. Los indios quedaban estupefactos al ver correr á Hernan Cortés. El sonido de su clarín atronaba; las chispas que levantaba su corcel nos envolvian. Sobre todo pasábamos; arroyos, puentes, llanuras, bosques y colinas. Todo lo venciamos: el espacio era nuestro, nada se oponia á nuestro poder. ¡Oh gloria al héroe de mi país! Identificada con este genio del valor, yo débil muger, me sentia fuerte, y un vértigo de orgullo se apoderó de mi alma.... Pero ¡ay, al llegar á Pinto asaltaron á Hernan Cortés dolorosos recuerdos. Por allí paso desterrado despues de haber dado á España la corona de Méjico. ¿Qué habia obtenido de los españoles sino ingratitud?

Y ¿corrió ahora deshalado para llevarnos como otras veces á la gloria? ¿Íbamos á recobrar á Méjico? No; íbamos á almorzar á Aranjuez. ¿Nos animaba el entusiasmo? No; nos animaba el hambre.... Todavía mas desalentado Hernan Cortés por nuestro egoismo actual que por nuestra ingratitud pasada detuvo á su corcel y nos dejó parados en medio del camino.

Eran las cuatro y media de la tarde. El sol se habia oscurecido, bajo un grueso nublado. El viento de Guadarrama soplabá con fuerza, y á pesar de eso tuvimos que bajar al campo otra vez. Los cuerpos iban ya exánimes y los espíritus acobardados. Ni el mismo Hernan Cortés habia podido hacernos llegar al fin de nuestro viaje: ni el mismo Hernan Cortés habia podido hacernos salir de nuestro método. Estábamos acostumbrados á no andar, y todo era inútil. El público tomó en Pinto un aspecto muy serio. El hambre irritaba todos los ánimos y no habia injurias que no se prodigasen á los ferro-carriles. A mí lo que mas me desesperaba era la sonrisa de un extranjero que viajaba con nosotros. Se habia prevenido de un saco de noche, donde llevaba toda clase de provisiones, y empezó á hacer uso de ellas tranquilamente. Aquel era el único que habia tenido talento para juzgarnos. Estaba seguro de que no llegaríamos á la hora de almorzar, ni á la hora de comer. Ellos que cuentan en su país los viajes por segundos, los contaba en el nuestro por dias. Los que no habian tenido esta prevision se arrojaron fuera del tren, invadieron á Pinto y volvieron cargados de pan, que repartieron religiosamente entre todos. A cada uno nos tocó un canto que aceptamos con profunda gratitud. Aquello era un verdadero naufragio, y el pueblo de Pinto el pueblo hospitalario que nos acogia. No olviden los que vayan á Aranjuez por el vapor, que en Pinto hay un pan excelente.

Los telégrafos en tanto habian enarbolado bandera-negra y un locomotor salió de Aranjuez, cuando ya el sol empezaba á declinar. Todavía retrocedimos dos veces para colocar bien el cadáver del otro locomotor, y no pudimos llegar á Aranjuez hasta las seis y cuarto. Ya no era hora de almorzar; la comida la habiamos hecho en Pinto con el pedazo de pan, y era por otra parte una glotonería tomar mas alimento, cuando el convoy que debia seguir al del rey no nos dejaba tiempo para comer. Nos consoló la idea de ir á cenar á Madrid, y entramos de nuevo en el mismo coche que acabamos de dejar.—Confieso que á pesar de los contratiempos que habiamos sufrido, suficiente cualquiera de ellos para quitarme las ilusiones, volví á recobrar mi entusiasmo cuando empezamos á caminar en medio de la noche. Las impresiones eran ya distintas. Con la oscuridad desaparecia la realidad de la máquina, y cuando asomé la cabeza por la portezuela, no ví mas que un formidable espectro, una aparicion evocada por el infierno, para recorrer los pueblos y ejercer en ellos su venganza. Era un volcan movible que iba derramando fuego por los campos. Ya no creia como por la mañana que corriamos á la victoria, sino á la destruccion, á la muerte. Ya no me parecia oír el sonido del clarín, sino el de la desesperacion lanzado contra el gran pueblo que se alzaba delante de nosotros. Por un instante creia que íbamos á caer sobre él para arastrarlo.... De repente nos detuvimos. ¿Qué ostáculo se

ponía á nuestra marcha?—El rey. El escéntrico de la máquina que conducía el coche del rey se había roto, y S. M. estaba detenido en medio del camino. Ignoro el tiempo que permanecimos allí. En la imposibilidad de que el rey marchase por el impulso de su locomotor, era preciso hacerle marchar por el del nuestro, y no se mueve tan fácilmente á un tren. Pero era preciso que el rey marchara, y marchó en efecto aunque con lentitud. Diez y seis carruajes y el locomotor inútil anduvieron con el nuestro.

A las diez llegamos á Madrid convencidos de que en España se adelanta lo mismo viajando en vapor que viajando en camellos.

CAROLINA CORONADO.

REFLEXIONES SOBRE LOS PELIGROS DE LA NAVEGACION Y LA POSIBILIDAD DE EVITARLOS.

(Conclusion.)

No es preciso que estos cuerpos sean uno solo en toda la longitud, sino que deben estar formados por trozos, unidos de modo que se puedan separar fácilmente, y de una longitud cómoda de manejar. Si quisiéramos hacer, por ejemplo, una nave cuya longitud fuera de 90 metros, podríamos dividir cada paralelepípedo en seis trozos de á 15 metros de largo, y se unirían por medio de un empalme de quita y pon, con lo cual formaríamos la longitud de 90 metros. Bien se deja conocer que este sistema de naves admite todas las dimensiones que se quieran dar, puesto que su mayor tamaño garantiza mas la seguridad, y la construcción no ofrece dificultad alguna. Con respecto á la velocidad, no hay que temer el hallar entorpecimiento, porque como está en nuestra mano el añadir fuerza por medio de la adición de máquinas de vapor; no podemos dudar que hallaremos todo el resultado que apetecemos. Además, como la colocación de los prismas ó paralelepípedos de corcho va formando entrecanales que dejan paso libre á las aguas que han de entrar por la proa, y solo encuentran para el choque las cabezas de estos prismas, que como hemos dicho, pueden terminar en ángulo como los pechos de los barcos actuales, para disminuir la resistencia, esta no puede ser mucha, siendo poca la cala y poca la superficie que presenta cada prisma en su frente.

Enterados ya del primer medio que podemos adoptar para la construcción de nuestras naves planas, vamos á pasar al segundo, cuya diferencia compararemos despues.

Atendiendo á que el corcho es bastante mas costoso y escaso que las maderas comunes, y á que esto pudiera presentar alguna dificultad para reunir la cantidad que se necesita en una obra de esta naturaleza, juzgamos conveniente el indicar una construcción de paralelepípedos ó prismas que desalojando la misma cantidad de agua que el corcho, puedan soportar una cantidad de peso excesivamente mayor, sin faltar á la solidez y disminuyendo su coste extraordinariamente. Para conseguir esto, se formarán en vez de prismas de corcho, unos cajones de madera de las mismas dimensiones que los prismas; pero advirtiéndole que si el ancho de estos cajones es de dos, tres ó cuatro metros, deberán ponerse otras tantas divisiones en toda su longitud, de manera que resulten otros tantos huecos de á un metro de ancho y de toda la longitud del prisma. Concluidos estos cajones, se construirán unos cilindros huecos de madera ó de chapa de hierro, que ocupen todo el hueco del cajón en toda la longitud, á escepcion de las esquinas que resulta por razon de la forma cuadrada del cajón. Embutidos los cilindros en los cajones, se rellenarán perfectamente los huecos que resulten de las esquinas del cajón con estopas bien alquitranadas y embreadas, colocando despues sólidamente las tapas de estos cajones, y tomando todas las precauciones para que las tablas que los forman inspiren la mayor confianza en cuanto á su impermeabilidad.

Por este medio habremos formado unos prismas que contendrán en su interior una gran cantidad de aire, y de consiguiente de un peso específico mucho menor que el del corcho, por lo cual necesitarán para sumergirse un peso mucho mas considerable. Estos prismas podrán unirse en su longitud ó en su ancho por el mismo sistema que los de corcho, y sobre ellos se podrán construir los pisos en la forma que sea mas conveniente.

Comparemos ahora las ventajas de cada uno de estos sistemas:

Bien se advierte que siendo los prismas huecos de mucha menor gravedad específica que los de corcho, tendrán una ventaja sobre estos muy superior, con respecto al peso que podrán sostener, resultando de aquí que con la misma cala y la misma superficie, podrán conducir un cargamento que acaso exceda en un doble al que conducirían los de corcho. Estos últimos compensan esta desventaja con la mayor seguridad que ofrecen, en razon de su estructura maciza y de ser cuerpos flotantes sin artificio alguno. Cualquiera que sean los choques ó rozamientos que los prismas de corcho puedan sufrir, nunca podrán variar de gravedad específica, porque en su interior no existen cavidades que puedan admitir grandes cantidades de agua á causa de una rotura. La confianza que esta circunstancia inspira, es una ventaja relevante que compensa bastante bien, por referirse á la seguridad, la desventaja de la menor capacidad para el transporte. Los prismas huecos se hallan siempre dispuestos, como los buques actuales, á dar entrada en su interior al líquido, cuando se ocasiona una rotura inesperada, y aunque es muy cierto que este azar no puede ser nunca de tanta gravedad como en los buques actuales, porque solo podría tener lugar en alguno de los prismas y no en todos á un tiempo, tal vez podría dar lugar á descargar la nave de algun peso, no habiendo tenido la precaución de cargar algunos arrobos menos para salvar este inconveniente. Por esta razon, los prismas deben contener en su interior tantos tubos como metros de ancho tienen, porque de esta manera es casi imposible que la rotura se comunicara á todos ellos al mismo tiempo.

Sin embargo, este pequeño temor debe desaparecer con las muchas precauciones de seguridad que pueden tomarse en la buena construcción de los prismas; la confianza, además, debe llevarse hasta el extremo, porque el azar no puede tener lugar en todos ellos al mismo tiempo, en razon á la independencia que tienen unos de otros por su colocación. Los choques violentos contra una roca, dado caso que se

puedan verificar, no causarán tampoco la destrucción del buque, porque su armadura no depende de un solo punto como en los barcos actuales, y solo podría resentirse una pequeña parte en el sitio chocado, sin dejar de conservar por esto su propiedad flotante que es el punto de salvación. Además para estos casos hemos imaginado unos contrachuchos cuya disposición puede muy bien aminorar este peligro.

Los vientos impetuosos serán poco temibles, porque no habiendo velas ni arboladura, no pueden hacer zozobrar la nave que permanecerá sostenida en todo su plano, siguiendo las ondulaciones de las olas.

Cualquiera que conoce el excesivo coste de un buque actual, podrá calcular la gran diferencia que habrá con respecto al de la nave que proponemos, y aunque las máquinas de vapor aumenten el presupuesto, su coste no excederá nunca al de la arboladura, cordaje y velamen. Ultimamente, no habiendo otra maniobra que la del timón y la de las máquinas, se puede economizar extraordinariamente la tripulación, y compensar en algun tanto con esta economía el gasto de combustible que se emplea para producir el vapor.

Tal es el pensamiento que hemos concebido y que esponemos al juicio de los inteligentes: si alguno quiere favorecerlos con sus observaciones, nos hará un obsequio á que le quedaremos reconocido.

Asimismo estamos prontos á esplanar minuciosamente esta idea y á facilitar planos y un modelo á cualquiera, que llevado del bien general ó de meras especulaciones, quiera ensayar en cualesquier escala los beneficios antedichos.

LUCIANO MARTINEZ.

UN HOMBRE Y UNA MUJER.

NOVELA

por Alfonso Karr.

En una habitación elegante, situada en el segundo piso de una casa de la calle de Caumartin, se hallaba una mujer, joven aun, muellemente reclinada en un confidente; era tal su belleza que ya no podía sino disminuir; tal vez un día antes fuera menos hermosa; pero era inevitable que lo fuera menos tambien al día siguiente. Había alisado sus cabellos con su delicada mano, y á pesar de hallarse bien exhaló un suspiro. Había soñado esas amorosas ilusiones de la primera juventud que no se realizaron, y que ya iba siendo difícil llevar á efecto. Sentía esa vaga tristeza que se experimenta al ver el alba colorear las cortinas, despues de una noche de insomnio. Un hermoso gato blanco restregaba contra ella su sedoso y fino lomo, sin que por esto consiguiera ni una sola mirada.

En un cuarto bastante desarreglado, en el quinto piso de una casa de la calle de Sentier, un jóven acababa de ponerse la corbata, y á pesar de hallarse bien exhaló un suspiro. Soñaba esas amorosas ilusiones de la primera juventud que hermoseaban su bohordilla, y cuya realizacion intentaba en vano conseguir. No le acompañaba mas ser viviente que un raton, entretenido en roer una bota debajo de una cómoda. Adela se figuraba en sus ensueños el hombre que ella hubiera amado. Si la casualidad, por uno de sus caprichos, se le hubiera hecho hallar, habría sido alto y bien formado; su semblante, adornado de negra cabellera seria noble y severo, y habría deseado hallar en él la imaginación del poeta, unida á la candidez del adolescente.... imaginación viva, pero sin ostentacion.

Luciano forjaba en su mente la imagen de la mujer que tarde ó temprano creía hallar. Seria pequeña y esbelta, tendría ojos azules y cabellos rubios, la mirada levemente velada, y su paso tendria algo de aéreo; su corazón sentiria esa debilidad natural que inclina á la mujer á buscar un apoyo.

Haremos ahora el retrato de nuestros héroes, requisito indispensable para aumentar el interés que inspiren. Luciano tenia una altura proporcionada, su pelo era de un castaño hermoso, y su semblante dulce y espresivo; no carecia de talento; pero era de esos seres que hacen ostentacion de él para que sea notado.

Adela era alta y de noble porte; tenia esa morbidez en las formas que á cierta edad da á las mugeres una segunda hermosura, mas notable algunas veces que la de la adolescencia; sus ojos negros tenian una espresion singular de intelectual potencia.

Adela se levantó y tiró de la campanilla para llamar á su doncella y acabar de vestirse. Luciano se levantó, pero no tiró de campanilla alguna porque nadie hubiera acudido á su llamamiento; por consiguiente, terminó él mismo los preparativos para su triunfo.

Adela subió con su madre á un coche. Luciano entró solo en un bombé.

El coche y bombé se pararon á un tiempo delante de una misma casa en la calle de San Honorato.

En la sala donde la casualidad reunia á Adela y á Luciano, habia una sociedad numerosa. La misma casualidad ó un secreto instinto hizo que se acercaran uno á otro. Pasaron toda la noche hablando de la batalla de Navarino que era entonces reciente, y se separaron muy preocupados el uno del otro.

Adela habia sido, de todas las mugeres que habia en el salon, la que habia escuchado á Luciano mas tiempo y con mas atencion. Luciano era el hombre que se habia mostrado mas galante con Adela.

Luciano trató de volver á encontrar á Adela; Adela no creyó deber esquivar la compañía de Luciano.

Un mes habia transcurrido, y Luciano escribia estas palabras:

»Hallé por fin, esa mujer que tanto tiempo soñé; V. es la que me exaltada imaginacion me representaba sin cesar bajo vagas é inciertas formas. He creído reconocerla en V. la primera vez que tuve el placer de verla, etc. etc.»

«La he visto á V., y mi suerte está decidida, etc. etc.»

«Os amo para siempre, etc. etc.»

Dos meses despues, contestaba Adela:

»Por fin hallé, el hombre que tanto tiempo soñara; V. es el que mi imaginacion exaltada me representaba bajo vagas é inciertas formas. He creído reconocerle en V. la primera vez que le he visto, etc. etc.»

En lo cual Luciano y Adela mentaban tanto uno como otro.

Pero Luciano mentaba á sabiendas; aquella muger parecia hacerle caso; la escribió una carta en su estilo habitual, como se la hubiera dirigido á otra cualquiera.

Adela escribia lo que sentia realmente; el amor que se profesa á otro está en sí mismo; la persona amada no es mas que un pretexto. Adela hallaba en Luciano verdaderamente todo lo que le decia.

La correspondencia amorosa siguió su curso habitual. Luciano no alteró nada en sus costumbres; el amor de Adela no era para él sino un placer mas. Ella, por el contrario, se concentró en su pasion; todo lo que no tenia relacion con Luciano la era odioso; no iba á ninguna parte, no recibia á nadie, y no era feliz mas que en la soledad, cuando él no estaba á su lado.

Todo lo que ella tenia de bueno y hermoso lo reservaba para Luciano. No se adornaba ni vestia mas que cuando le esperaba.

Aunque se la hubiera ocurrido la frase ó palabra mas notable, no la hubiera pronunciado si Luciano no estaba con ella. De tal manera sacrificó en su obsequio todas sus afecciones, que las personas que antes la fueran mas queridas, se le hicieron insoportables.

Un día escribió á Luciano en estos términos:

«Todo lo que los demas me ocupan, aunque no sea mas que un minuto de atencion escogido por la política, me parece un robo que se le hace á V., y mas aun á mí, que me considero tan feliz al reservarme toda para V. Los placeres de la sociedad, los triunfos de los salones, las conversaciones frívolas, otras muchas afecciones á las cuales no tengo ya nada que dar, puesto que soy únicamente de V., de todo eso quiero evadirme. Segura de su amor de V., no echaré nada de menos; no quiero esponerme á que me distraigan de mi felicidad. Voy á apartarme del mundo entero, á no ver á nadie, y á pasar el tiempo en que no esté á V. mi lado, en esperarle. Me importa poco que llame á la atencion este destierro voluntario; deseo que sepan que de amo á V., me enorgullezco con nuestro amor, porque «sólo un amor vulgar puede humillar, etc.»

Luciano se asustó; esta mujer que le entregaba su vida entera, hacia pesar sobre él una responsabilidad inmensa. Luciano era un hombre ligero, de cabeza voluble, sin entusiasmo ni energía, y por consiguiente toda resolucion fuerte, toda accion extraordinaria, por poco que traspasara los límites de lo comun, le asustaba. Cuando recibió la carta de Adela, no pudo dormir en toda la noche, y al día siguiente contestó:

«La elevacion de vuestra alma y la nobleza de vuestro corazón pueden solas darme la fuerza necesaria para el cumplimiento de lo que considero como un deber y como una accion justa y aun generosa, si calculo su mérito con relacion al esfuerzo que me cuesta.

«No me juzguéis por la simple lectura de esta carta: no me condeneis á sufrir vuestro odio y vuestro desprecio.

«Si fuérais á mis ojos una mujer vulgar, os hubiera contestado en los términos comunes, no hubiera pensado mas que en evanecerme con un rendimiento tan lisongero para mi amor propio y tan dulce para mi corazón; me hubiera dejado querer con ese amor lleno de un noble abandono; hubiera corrido el riesgo de no corresponder á él dignamente, pero hubiera aprovechado el placer y la dicha que me ofrece.

«Pero aunque deba perder mi concepto en vuestro corazón, os debo una confesion estraña é inusitada.

«Sois hermosa, elegante, instruida, admirada: puedo decir que no conozco otra muger que reuna tantas ventajas y en tan alto grado.

«Os amo todo lo que os puedo amar; pero no se puede uno crear á sí mismo una organizacion diferente de la que la naturaleza le ha concedido ó mas bien impuesto. El amor fué siempre para mí tan solo un placer: desde que os conocí, se ha convertido en felicidad, pero la idea de consagrarle toda mi vida es superior á mis fuerzas. Este partido tiene para mí una solemnidad que me espanta, porque yo no podría aceptar vuestro elevado sacrificio sin ofreceros un amor por lo menos semejante. El reflejo de vuestra alma me daría valor para ello durante algun tiempo, lo conozco; pero todo concluiría con una traicion mia, con alguna necedad que me haría perder entonces vuestro afecto y estimacion.»

«No soy el hombre que os habeis figurado: tengo la serenidad suficiente para conocerme y apreciar mi carácter en su verdadero valor. A pesar de tener algunas cualidades, brillantes si se quiere, carezco de la energía necesaria para dedicarme á un sentimiento esclusivo. Hallo en mí un no sé qué de vulgar que me desespera, pero que no me es posible combatir; un no sé qué, que no me habia confesado á mí mismo, y que sin embargo me veo precisado á confesaros ingenuamente.»

No hay mujer alguna á quien yo ame tanto como á vos, ni cuya posesion desee tanto como la vuestra; no hay ninguna, repito, que pueda en tan alto grado cautivar mi corazón y halagar mi orgullo; ¡pues bien! renunció á lo que no volveré nunca á encontrar, para de ese modo conservarme digno de ella, en cierto modo, considerando bajo su verdadero punto de vista lo que soy.»

«Hasta ahora habia mirado mi falta de energía como el origen de ciertos goces; hoy maldigo esta organizacion mezquina y despreciable.

«No acepto vuestro sacrificio, porque he buscado en mí el medio de corresponder á él noblemente, y no le he hallado.»

«Adios, señora: agradecedme algo siquiera el sacrificio de vuestra posesion que he tenido el valor suficiente para hacerlos. Renuncio á ella voluntariamente, porque hubiera podido engañaros, y no he osado hacerlo, etc. etc.»

Luciano recibió esta respuesta:

«Os contestaré dentro de un mes.»

(Continuará.)

Con este número distribuirán nuestros repartidores ejemplares de la leyenda fantástica, que con el título de *Delirium* acaba de publicar el señor García de Quevedo, y que se halla de venta en nuestras oficinas, y aunque el precio en venta es de 22 rs. en Madrid y 26 en provincias, nuestros suscritores podrán adquirir el libro por 20 y 24 respectivamente.



Delicias de la paternidad.

Nene... nenito mio, haz una fiestecita á papá, hasta que la pobre mamá vuelva de sus quehaceres.



Escenas del ferro-carril.

Grupo en el despacho de billetes.

REDACTOR Y PROPIETARIO, DON ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

Oficinas y Estab. Tip. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.